

—¿Os habeis asegurado de ello?

—Todos lo somos, muy respetable.

—Venerable hermano primer inspector, sois maestro?

—Muy respetable, cercioraos de ello, la acacia me es conocida.

—Dadme el signo de maestro.

El hermano primer inspector pasó su mano derecha de canto por el estómago en ademan de dividir en dos el vientre.

—Venerable hermano primer inspector, qué edad teneis?

—Mas de siete años.

—¿A qué hora se abren los trabajos de vuestro grado?

—A las doce, muy respetable.

—Venerable hermano primer inspector, qué hora es?

—Las doce.

—Pues que son las doce, venerables hermanos primero y segundo inspector, invitad á los hermanos de vuestras respectivas columnas á unirse á mí para abrir los trabajos del grado de maestro.

Los inspectores repitieron las últimas palabras del muy respetable.

Luego este dió nueve golpes con el mazo formando la batería de aprendiz por tres veces; los celadores hicieron otro tanto y el muy respetable agregó:

—A mí, mis hermanos.

Todos los hermanos, con los ojos fijos en el muy respetable, pasaron sus manos por el vientre como lo habia hecho el primer inspector y aplaudieron por nueve, esto es, repitieron tres veces el aplauso de aprendiz que ya conocen nuestros lectores.

El muy respetable, despues de dar otro golpe de mazo que repitieron los inspectores, dijo:

—Quedan abiertos los trabajos de maestro.

LXIX.

Mauricio recibido de maestro.

Mauricio, con los piés descalzos, el brazo y el seno izquierdo desnudos, con una escuadra atada al brazo derecho fué conducido por el maestro de ceremonias á la puerta de la cámara de enmedio, nombre que se da á la logia de maestro.

Rodeaba tres veces su cintura una cuerda cuya extremidad llevaba su conductor, y como en sus recepciones de aprendiz y de maestro, habia sido despojado de todos los objetos de metal que llevaba consigo.

El maestro de ceremonias le hizo llamar á la puerta á lo compañero.

—Muy respetable, dijo el primer inspector fingiendo alteracion en la voz, un compañero acaba de llamar á la puerta.

—Ved, contestó el muy respetable, cómo ha podido llegar hasta ella y averiguad qué es lo que quiere ese compañero.

—Es el maestro de ceremonias que presenta á la logia un compañero que ha cumplido su tiempo y que solicita ser admitido como maestro.

—¡Cómo! el maestro de ceremonias viene á turbar nuestro dolor? No hubiera debido, por el contrario, en semejantes circunstancias alejar á toda persona sospechosa, y sobre todo, á un compañero? Quién sabe, sin embargo, si el compañero que conduce es uno de los miserables que causa nuestra aflicción y nuestro luto, y si el mismo cielo nos le entrega para que ejerzamos en él nuestra justa venganza. Hermano práctico, armaos y apoderaos de ese compañero; registrad con cuidado toda su persona; examinad, sobre todo, sus manos; y aseguraos, por último, de si tiene ó nó alguna señal de su complicidad en el horroroso crimen que se ha cometido.

El práctico se dirigió hácia Mauricio, le registró y le arrancó su mandil. En seguida entró á la logia, en cuya puerta dejó á nuestro héroe bajo la custodia de cuatro hermanos armados.

—Muy respetable, dijo, acabo de ejecutar vuestras órdenes y nada he hallado en ese compañero que indique que es autor de un homicidio. Sus vestidos no tienen mancha alguna, sus manos están puras, y este mandil que os he traído se halla completamente limpio.

—Venerables hermanos—prosiguió el muy respetable—quiera el Grande Arquitecto del Universo que no sea fundado el presentimiento que tengo, y que este compañero no sea uno de aquellos á quienes debe perseguir nuestra venganza! ¿Juzgáis oportuno que se le interrogue? sus respuestas ilustrarán hasta cierto punto nuestro juicio sobre el asunto que nos ocupa.

Todos los hermanos hicieron una señal de asentimiento.

—Hermano perito, repuso el muy respetable, preguntad á ese compañero cómo se ha atrevido á esperar ser introducido entre nosotros.

—Dando la palabra de pase—contestó Mauricio.

—¡La palabra de pase! ¿cómo puede conocerla? Esto no

puede ser sino á consecuencia de su crimen..... Venerable hermano primer inspector, trasladaos cerca de él y examinadle con el mayor cuidado.

El primer inspector salió de la logia, examinó cuidadosamente los vestidos de Mauricio, le registró en seguida la mano derecha, y exclamó:

—¡Gran Dios, qué es lo que veo!

Después, tomándole por el cuello, continuó con voz amenazadora:

—¡Hablad, desgraciado! ¿Cómo podreis dar la palabra de pase? ¿Quién ha podido comunicárosla?

—No la conozco, respondió Mauricio; pero mi conductor la dará por mí.

—Hacedla dar, venerable hermano primer inspector, dijo el muy respetable.

El maestro de ceremonias se inclinó al oído del primer celador y le dijo en voz baja:

—*Giblim.*

—La palabra de pase es exacta, muy respetable, dijo el primer celador.

Introdujeron entónces á Mauricio haciéndole andar para atrás, y en esa forma le condujeron hasta una de las extremidades del catafalco que se hallaba en medio de la logia.

El último hermano recibido en el grado de maestro se hallaba tendido en aquella especie de tumba, cubierto con el paño mortuario de los piés á la cintura y teniendo en sus manos un ramo de acacia.

Al llegar allí Mauricio se volvió hácia la parte del Oriente.

—Compañero, le dijo el muy respetable, es preciso que seais demasiado imprudente ó que tengais en muy poco vuestra propia conveniencia, presentándoos en este lugar en el momento en que deploramos la pérdida de nuestro respetable

maestro Hiram-Abi, traidoramente asesinado por tres compañeros, y cuando por esta causa todos los hermanos de vuestro grado nos deben ser sospechosos! Decidme: ¿habeis sido acaso cómplice de este horrible atentado? ¿Sois del número de los infames que le han cometido? ¿Aquí teneis su obra!

Al pronunciar estas palabras hicieron ver á Mauricio el cuerpo que se hallaba en el lecho mortuario.

—Nó, respondió nuestro héroe, ignoro semejante crimen.

—Pues entónces haced viajar á este compañero—dijo el muy respetable.

El maestro de ceremonias tomó á Mauricio de la mano derecha y le hizo dar una vuelta al derredor de la logia. Le acompañaban cuatro hermanos armados y le seguia un perito que llevaba una extremidad de la cuerda que rodeaba su cintura.

Al llegar junto al muy respetable, Mauricio le dió tres golpes en el hombro.

—¿Quién es?—dijo el muy respetable.

—Es—contestó el maestro de ceremonias, un compañero que ha cumplido su tiempo y que solicita pasar á la cámara del medio.

—Y cómo ha podido esperar el conseguirlo?

—Por la palabra de pase.

—Y cómo la ha de dar si no la sabe?

—Yo la daré en su nombre.

El maestro de ceremonias se acercó al muy respetable y le dijo al oído:

—*Gíblim.*

—Pase, contestó el muy respetable.

Terminado este ceremonial Mauricio fué conducido hácia el occidente, de donde le hicieron volver al oriente. Llegado al altar se arrodilló; le pusieron las dos puntas de un compás

abierto sobre el seno, y con la mano extendida sobre la Biblia pronunció el juramento siguiente, que le dictó el muy respetable:

«Yo, Mauricio de Gonzaga, de mi libre y espontánea voluntad, en presencia de Dios Omnipotente y de esta Respetable Logia dedicada á S. Juan, juro solemnemente no revelar jamás á persona alguna los secretos de Maestro, Compañero y Aprendiz sino á un verdadero mason de estos grados y bien reconocido. Juro observar todos los signos y obedecer las órdenes que se me den por la logia de maestro, guardar todos los secretos de mis hermanos como los míos propios, excepto en caso de asesinato ó de traicion; no hacer ningun perjuicio á un hermano ni permitir que se le hagan sin avisarle y defenderle; servir á mis hermanos en cuanto esté en mi poder y conformarme con todos los reglamentos de la logia. Juro ejecutarlo todo con la mas firme resolucion bajo la pena de que mi cuerpo sea dividido en dos partes, la una llevada al sur, la otra al norte, mis entrañas quemadas, reducidas á cenizas y echadas á los cuatro vientos, á fin de que nada quede de mí entre los hombres y particularmente entre los masones; así Dios me ayude y me sostenga firme en esta resolucion.»

Terminadas estas palabras, Mauricio besó la Biblia y el muy respetable le enseñó el signo y le dijo la palabra de maestro, añadiendo:

—Levantaos, hermano. Vais á representar á nuestro respetable maestro Hiram-Abi que fué cruelmente asesinado al concluir la magnífica obra del templo de Salomon, de la manera que voy á referirlo.

El muy respetable bajó entónces de su trono; se colocó al pié de la última grada al oriente, frente á frente de Mauricio; y el resto de los asistentes se agrupó al derredor de la tumba, de la cual, pocos momentos ántes, se habia retirado furti-

vamente el hermano que hacia en ella las veces de un cadáver.

Dispuesto así todo, el muy respetable dirigió á Mauricio el siguiente discurso:

—Hiram-Abi, célebre arquitecto, habia sido enviado á Salomon por Hiram, rey de Tiro, para dirigir los trabajos de construcción del templo de Jerusalem. El número de los obreros era inmenso. Hiram-Abi los distribuyó en tres clases, cada una de las cuales recibia un jornal proporcionado al grado de habilidad que la distinguia. Estas tres clases eran las de aprendiz, compañero ú oficial y maestro; las cuales tenian sus misterios particulares y se reconocian entre sí por medio de ciertos signos, palabras y tocamientos peculiares á cada grado. Los aprendices recibian su salario en la columna B; los compañeros en la columna J; los maestros en la cámara del medio; y los pagadores del templo no entregaban el salario al obrero que se presentaba á recibirle sino despues de haber sido escrupulosamente retejado en su grado. Tres de los compañeros ú oficiales, viendo que la construcción del templo tocaba ya á su fin, y que no habian podido saber todas las palabras correspondientes al grado de maestro resolvieron arrancárselas por la fuerza al respetable Hiram, á fin de pasar por maestros en los otros paises y tener derecho á la paga de esta clase. Estos tres miserables, llamados Jubelas, Jubelos y Jubelum, sabian que Hiram iba todos los dias, á las doce, á hacer sus oraciones en el templo mientras que los demas obreros descansaban. Estuvieron en acecho, y no bien le vieron en el templo se apostaron en cada una de sus puertas. Jubelas en la del Mediodia, Jubelos en la de Occidente, y Jubelum en la del Oriente, donde esperaron la salida de Hiram. Este, no bien concluyó sus oraciones, se dirigió á la puerta del Mediodia, donde se encontró con Jubelas, quien le pidió la palabra

de maestro, y en vista de la respuesta de Hiram que se negó á concedérsela hasta que cumpliera su tiempo de oficial, le asestó un fuerte golpe en la nuca, con una regla de veinticuatro pulgadas de que se habia armado de antemano.

Al llegar aquí se detuvo el muy respetable, y Mauricio fué conducido por el maestro de ceremonias cerca del segundo celador.

—Dadme la palabra de maestro, dijo este.

—De ninguna manera, repitió Mauricio.

El segundo celador insistió dos veces mas en su pregunta y obtuvo la misma respuesta de Mauricio. Entónces le dió un pequeño golpe en la nuca con la regla que tenia en la mano.

—Hiram-Abi—prosiguió el muy respetable—huyó hácia la puerta del occidente, donde encontró á Jubelos, quien irritado al ver, así como su compañero, que no podia arrancarle la palabra de maestro le dió otro fuerte golpe en el corazon con una escuadra de hierro.

Aquí el muy respetable se interrumpió de nuevo. Mauricio fué conducido cerca del primer inspector, quien por tres veces le pidió la palabra de maestro, y viendo que se negaba á dársela le dió un golpe en el pecho con su escuadra.

Hecho esto, Mauricio fué conducido ante el muy respetable, quien continuó en estos términos:

—Desconcertado del golpe, Hiram-Abi reunió las pocas fuerzas que le quedaban y trató de salvarse por la puerta de Oriente. Allí se encontró con Jubelum, quien, como sus dos cómplices, le exigió la palabra de maestro, y viendo que se negaba aun Hiram, le descargó sobre la frente un martillazo tan terrible que le dejó muerto á sus piés.

Al concluir estas palabras, el muy respetable dió violentamente un golpe con su mazo en la frente de Mauricio y dos

hermanos que se hallaban á su lado le echaron hácia atras y le tendieron boca arriba en la tumba que estaba á su espalda. En seguida le cubrieron con el paño mortuorio y pusieron á su lado el ramo de acacia.

—Unidos los tres asesinos despues de cometido el crimen—prosiguió el muy respetable—se preguntaron recíprocamente la palabra de maestro; mas viendo que no habian podido obtenerla de Hiram, y desesperados, por otra parte, al ver que no habian sacado provecho alguno de su crimen, se ocuparon en hacer desaparecer todas las señales que pudieran descubrirle. Para ello levantaron el cuerpo del difunto y le ocultaron por lo pronto bajo un monton de escombros. Luego que llegó la noche le sacaron fuera de Jerusalem y fueron á enterrarle muy léjos, en la cumbre de una montaña. El respetable maestro fué echado de ménos por los obreros, y llegando á oidos de Salomon su desaparicion ordenó que nueve maestros se dedicaran exclusivamente á buscarle. Estos hermanos hicieron pesquisas por diferentes rumbos y al segundo dia llegaron á la cumbre del monte Líbano. Allí uno de ellos, rendido de cansancio, se tendió sobre una eminencia y observó que aquella tierra estaba removida recientemente. Al momento llamó á sus compañeros y les participó su observacion, en vista de la cual creyeron debian escavar en aquel sitio, y habiéndolo hecho no tardaron en descubrir el cuerpo de Hiram-Abi y en reconocer con dolor que habia sido asesinado. No atreviéndose por respeto á llevar mas adelante sus investigaciones, cubrieron de nuevo la fosa con la misma tierra que habian sacado, y para conocer el sitio plantaron en él una rama de acacia. En seguida contaron á Salomon todo cuanto habian visto.....

—Hermanos míos—interrumpió el muy respetable, imitemos á estos antiguos maestros. Venerables hermanos prime-

ro y segundo inspector, colocaos á la cabeza de vuestras columnas, y buscad por todas partes al respetable maestro Hiram-Abi.

Los inspectores dieron una vuelta por la logia en sentido inverso, dirigiéndose el uno por el Norte y el otro por el Mediodia. El primero se detuvo cerca de Mauricio, levantó el paño que le cubria, le puso en la mano derecha el ramo de acacia, y volviéndose al muy respetable, le dijo:

—He hallado un hoyo recientemente tapado, en cuyo seno yace un cadáver que supongo sea el de nuestro respetable maestro Hiram-Abi, y para reconocer el sitio mas fácilmente he plantado en él un ramo de acacia.

—Al oir Salomón semejante nueva—continuó el muy respetable—experimentó el mas profundo dolor, y no dudó que los restos mortales que se habian hallado en la fosa fuesen los de su gran arquitecto Hiram-Abi. Dispuso, pues, que los nueve maestros hicieran la exhumacion del cuerpo y le trasladaran á Jerusalem, recomendándoles al mismo tiempo que buscasen en el cadáver la palabra de maestro, y que de no hallarla debian considerarla perdida para siempre. Por si llegaba este caso, les previno que pusieran mucho cuidado para tener presente el ademan que hicieran y las palabras que pronunciaran al encontrar el cadáver, á fin de que este signo y esta palabra sustituyeran en lo sucesivo á las palabras y al signo perdidos. Los nueve hermanos se revistieron con sus mandiles y guantes blancos, y no bien llegaron al Monte Líbano hicieron la exhumacion del cadáver.

—Hermanos míos—añadió el muy respetable—imitemos tambien en esto á nuestros antiguos maestros, y todos reunidos tratemos de exhumar los restos de nuestro infortunado maestro Hiram.

El muy respetable se puso á la cabeza de todos los concur-

rentes á la logia y juntos dieron una vuelta al derredor de la tumba. Al llegar á la derecha del sitio en que se encontraba Mauricio se detuvo y le quitó de las manos el ramo de acacia.

—Ya estamos—dijo—en el sitio que contiene el cuerpo de nuestro respetable maestro; este ramo de acacia es la triste señal. Venerables hermanos, exhumemos sus despojos mortales.

El muy respetable levantó el paño mortuario y descubrió completamente á Mauricio. En seguida levantó las manos al cielo aparentando sorpresa y horror, y dijo:

—¡Oh Señor Dios mio!

Le tomó por el primer dedo de la mano derecha, luego por el segundo, y por fin puso las uñas de sus cuatro dedos debajo de la muñeca de Mauricio, apretó con fuerza su pié derecho contra el pié derecho de nuestro héroe, rodilla contra rodilla, pecho contra pecho, y sosteniéndole por la espalda con la mano izquierda le levantó pronunciando á su oído la palabra:

—*Mahabone.*

Terminada esta ceremonia, el muy respetable proclamó á Mauricio en su nueva dignidad, le hizo sentar á su derecha, y el orador le dirigió un largo discurso de que hacemos gracia á nuestros lectores.

LXX.

Los trabajos de maestro.

Luego que el hermano orador hubo terminado su discurso, el muy respetable entabló con el hermano primer celador el siguiente diálogo:

—Venerable hermano primer celador, ¿sois maestro?

—Cercioraos de ello si gustais, la acacia me es conocida.

—¿Dónde habeis sido recibido?

—En la cámara del medio.

—¿Cómo habeis llegado á ella?

—Por una escalera que he subido, cuyas gradas representaban los números 3, 5 y 7.

—¿Qué habeis visto?

—Horror, luto y tristeza.

—¿No habeis visto nada mas?

—Una luz lúgubre alumbraba la tumba de nuestro respetable maestro.

—¿Qué dimensiones tenia la tumba?